

DIA XXVII.

MARTIROLOGIO.

SAN VICENTE A PAULO, en Paris, sacerdote y fundador de la congregación de la Misión y de las niñas de la caridad, varón apostólico y padre de los pobres, cuya fiesta se celebra el día 19 de julio. (*Véase su vida en dicho día.*)

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES COSME Y DAMIAN, hermanos, en Egea; los cuales en la persecución de Diocleciano, después de haber superado por virtud divina muchos tormentos, como cadenas y cárceles, sumersión en el mar, fuego, cruces, piedras y saetas, sobreviviendo milagrosamente á todo esto, fueron degollados. Dicese que con ellos padecieron también tres hermanos suyos llamados **ANTIMO**, **LEÓNCIO** y **EUPREPIO**. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SANTA EPICARIS, mujer de un senador, en Roma; la cual en la misma persecución después de ser azotada con cordeles emplomados, fué degollada.

LOS SANTOS MÁRTIRES FIDENCIO Y TERENCIO, en Todi, en tiempo del emperador Diocleciano.

LOS SANTOS MÁRTIRES ADULFO Y JUAN, hermanos, en Córdoba; los cuales en la persecución de los árabes fueron coronados por Jesucristo. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN FLORENTIN, mártir, en Semon, diócesis de Autun; el cual juntamente con **S. Hilario**, después de cortarle la lengua fué degollado.

SAN MARCOS, obispo de Biblis, en la Fenicia, á quien llama también Juan el evangelista **S. Lucas**. (Fué discípulo de Jesucristo y dicese que era pariente de **S. Bernabé**.)

SAN CAYO, obispo, en Milan; discípulo de **S. Bernabé** apóstol: después de haber padecido muchos trabajos en la persecución de **Neon**, murió en paz.

SAN ADERITO; obispo y confesor, en Ravena.

SAN ELEÁZARO (ó **ELZEAR**), conde, en Paris. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SANTA HILTRUDIS, virgen, en Henegou.

SAN COSME Y SAN DAMIAN, MÁRTIRES.

SAN COSME y **S. Damian** fueron hermanos, naturales de la ciudad de Eges ó de Egea en la Arabia. **S. Gregorio Turonense** es de opinión que fueron gemelos, de una familia distinguida y considerable por los grandes bienes que poseía, pero mucho mas por el cristianismo que profesaba. Muerto su padre, se halló su madre **Teodora** con cinco hijos, **Antimo**, **Leoncio**, **Euprepio**, **Cosme** y **Damian**, á quienes la piadosa viuda procuró dar una



S. COSME Y S. DAMIAN.
MÁRTIRES.

cristiana educacion, no perdonando medio alguno para conseguirlo. Pudo mucho en el ánimo y en el corazon de los hijos la virtud de la madre, cuya santa vida, fecunda en buenas obras, la mereció ser colocada por los griegos en su Menologio. Dotados Cosme y Damian de una bella indole acompañada de un ingenio vivo, brillante y muy superior al de los demás hermanos, se consideraron mas hábiles para dedicarlos al estudio de las ciencias y de las bellas artes. Hizo la madre todo cuanto pudo para cultivar su capacidad y sus talentos. Fueron rápidos los progresos que hicieron en las letras; pero sin atrasarse un punto en el camino de la virtud. Honraban sus costumbres la religion que profesaban, y hasta los mismos paganos no se podían negar á venerar, admirar y amar su bondad, su desinterés y su inocencia.

El zelo de la fe, siempre ingenioso, los movió á dedicarse al estudio de la medicina. Viviendo en un país donde esta facultad estaba abandonada, se persuadieron que habilitándose en ella, les proporcionaria ocasion para insinuarse con los gentiles, instruirlos insensiblemente en las verdades de nuestra religion, disipar sus preocupaciones; y atendiendo á curar las enfermedades del cuerpo, se aplicarian con mayor utilidad á librarlos de las dolencias del alma.

Bendijo el Señor sus zelosos intentos. Aventajáronse tanto Cosme y Damian en la penetracion de la naturaleza y de la medicina, que su reputacion los hizo célebres en todo aquel país. Todos los enfermos acudian á ellos con firme esperanza de recobrar su salud solo con que los hiciesen algunas visitas en su enfermedad. Era cada dia mayor su reputacion por las admirables curas que hacian. Es verdad que la santidad de los médicos comunicaba especial virtud á los medicamentos, siendo mayor el don de los milagros que la ciencia de los remedios naturales, por lo que no habia mal tan rebelde y tan violento que se resistiese á su curacion, ni enfermo tan desahuciado que no cobrase la salud á la primera visita de S. Cosme y S. Damian.

Daban principio á la cura haciendo una breve, pero fervorosa oracion; informábanse despues de la calidad del alma; hacian sobre el enfermo la señal de la cruz; y en el mismo instante cesaban los dolores, desaparecia la calentura, huia la enfermedad, y muchas veces hasta los mismos moribundos se hallaban repentinamente con perfecta salud. Ya se deja discurrir que á estas milagrosas curaciones se seguirian numerosas conversiones entre los gentiles. Así el deseo de sanar como el recobro de la salud inspiraban en los idólatras mas obstinados una singular estimacion de la religion cristiana. Los ciegos cobraban vista haciendo

la señal de la cruz sobre sus apagados ojos los santos médicos; los poseidos se hallaban libres, los paralíticos sanos, y todos conocian que curas tan extraordinarias eran muy superiores al arte y á la esperiencia natural. Aprovechábanse nuestros Santos con destreza de la confianza que tenian en ellos los paganos enfermos para sacarlos de los errores y de las impiedades del gentilismo; de suerte que los médicos se convirtieron en dos insignes apóstoles. Era tan grande y tan sabido su desinterés, que los griegos los llamaban *Anargyrios*, es decir, hombres sin dinero, porque ejercian su profesion gratuitamente sin admitir cosa alguna de cualquiera que fuese.

La fama de tantas maravillas los hizo mas célebres en todo el país; pero esta misma reputacion dió ocasion á su martirio. Tomada la resolucio de esterminar todos los cristianos por los emperadores Diocleciano y Maximiano, enviaron á Egea al prefecto Lisias con órden de no perdonar á suplicios ni á todo el rigor de las leyes para obligar á cuantos hiciesen profesion del cristianismo á sacrificar á los dioses del imperio; y en caso de resistencia hacerlos perecer á violencia de los tormentos. Luego que llegó el gobernador le informaron que nunca habian tenido los dioses enemigos mas mortales que dos célebres médicos, ó por mejor decir, dos insignes magos que corrian todas las ciudades haciendo portentosas curas á favor de sus encantamientos; los cuales, abusando de la credulidad del vulgo ignorante, hacian tantos cristianos cuantos eran los enfermos que visitaban; y que si no se atajaba este desórden, dejándolos continuar en él, muy en breve se haria cristiano todo el país. Ya se sabe que era comun y estraña preocupacion de los gentiles atribuir á efectos del arte mágico todas las maravillas que obraban los cristianos. Movido Lisias de este informe, los mandó prender; y haciéndolos comparecer delante de sí, los dijo con un aire y con un tono capaz de intimidar los corazones mas esforzados: *Luego vosotros sois aquellos dos famosos embusteros que andais por las ciudades y provincias sublevando á los pueblos con vuestros encantamientos, y alborotándolos contra los dioses del imperio para colocar en su lugar y hacerlos adorar como Dios á un hombre que por sentencia de juez fué colgado de un infame madero. Tened entendido que si desde este mismo punto no renunciáis á ese Dios crucificado y no obedecéis los edictos de los emperadores, no habré suplicio que no os haga sufrir para reducirlos á vuestro deber. ¿De donde sois? ¿qué oficio profesais? ¿cual es vuestra familia?*

Señor, respondieron los dos Santos con tono firme, pero res-

petuoso, los dos somos hermanos, naturales de Arabia; y tenemos la dicha de ser cristianos, como tambien otros tres hermanos nuestros y toda nuestra familia. Somos caballeros, y médicos de profesion, incapaces de engañar á nadie. A ninguna ciudad ni provincia vamos donde no seamos llamados. No ejercemos la medicina por interés; nada admitimos de enfermo alguno; pero dando la salud á los enfermos mas por la virtud de Jesucristo que por nuestra ciencia, procuramos al mismo tiempo sanarlos de la ceguera del alma, haciéndolos conocer que no hay mas que un solo Dios verdadero; conviene á saber, el que nosotros adoramos, y que los llamados dioses del imperio son infames demonios que tienen engañados á los pueblos.

Quedó sorprendido el gobernador al oír una respuesta tan discreta como moderada; neutral entre la cólera y el aplauso de su cordura y de su moderacion, no sabia á cuál de los dos afectos inclinarse. Estaba bien informado de las portentosas curas que habian hecho, y no ignoraba que universalmente eran reputadas por prodigios superiores á la naturaleza mas que por efectos del arte; pero en medio de eso el temor de perder la gracia de los emperadores le determinó al partido de la severidad. Mandólos que hiciesen venir á sus hermanos, y luego que los vió en su tribunal, los exhortó fuertemente á que no se obstinasen en ser rebeldes á las órdenes de los emperadores. *Sois nobles, los dijo, sois jóvenes, y yo tengo orden de nuestros soberanos para ofrecer su favor y los primeros cargos del imperio si os rendís á su voluntad. Es menester sacrificar á los dioses y renunciar las incomprendibles quimeras de vuestra religion cristiana. No os encapricheis en perderos á vosotros y á toda vuestra familia; escoged una de dos, ó vivir tributando culto á los ídolos, ó morir al rigor de los mas crueles tormentos; pensadlo bien.*—Ya lo tenemos bien pensado, respondieron los Santos, *tus tormentos no nos ponen miedo; prontos estamos á dar nuestra vida por nuestra religion; no tienes que esperar otra respuesta de nosotros.*

Tampoco lo esperó Lisias, porque en el mismo punto los mandó aplicar á la tortura. No los espantó este cruel suplicio. Si tienes otros tormentos que hacernos padecer, le dijeron los dos Santos, *no tienes mas que ponerlos en ejecucion. Estamos seguros de que la gracia de nuestro Señor Jesucristo nos dará fuerzas para sufrirlos, no solo con paciencia; sino tambien con alegría.* Con efecto, habiendo salido de la tortura sin experimentar el mas ligero daño, dió orden el gobernador para que atados de pies y manos los arrojasen en el mar; pero un ángel los rompió las ataduras, y los puso sanos y salvos en la ribera. A vista de esta

maravilla mostró el juez ablandarse algun tanto, y los preguntó en tono amistoso con qué género de encantos ó de sortilegios obraban aquellos prodigios. Señor, le respondieron los santos hermanos, *ignoramos absolutamente toda especie de sortilegios: los demonios nos temen en lugar de servirnos. Somos cristianos: solo en virtud del nombre de Jesucristo y de su soberana proteccion triunfamos de todos vuestros suplicios; ni todos vuestros imaginarios dioses, ni todo el infierno junto es capaz de resistir á sola la señal de la cruz del Salvador en quien ponemos toda nuestra confianza.*—Pues yo pongo toda la mia, replicó Lisias, *en nuestro dios Apolo, y me atrevo á hacer los mismos prodigios en su nombre.* En el mismo instante fué castigada esta blasfemia; porque dos demonios invisibles le comenzaron á golpear tan cruelmente, que hubiera espirado á violencia de los golpes si nuestros Santos, movidos de compasion, no hubieran hecho oracion, librándole de aquellos demonios en el nombre de Jesucristo. Aprovechándose los Santos de esta maravilla y del beneficio que Lisias acababa de recibir, le dijeron: *¿A vista de esta gracia dudarás todavía del poder de nuestro Dios, y te obstinarás todavía en tu infidelidad? ¿Has recibido alguna vez semejante beneficio de tus ídolos? ¿has hecho esperiencia de su poder? Renuncia, pues, el culto de esos infelices, que aun mas flacos y mas miserables que tú, no tienen poder para librarse á sí mismos de los eternos tormentos que padecen por sus maldades; y abriendo los ojos á la verdad, reconoce la omnipotente virtud del verdadero Dios único objeto digno de tus adoraciones.*

Mostróse el gobernador insensible á tan justas amonestaciones, y sin responderles palabra, se contentó con mandar que los volvieresen á la cárcel. Temerosos los gentiles de que Lisias se hiciese cristiano, le hablaron con tanta resolucion y le amenazaron tan furiosamente con la indignacion de los emperadores, que al dia inmediato los hizo comparecer ante sí; y preguntándolos con fiereza si persistian siempre en su primera obstinacion, hallándolos inmóviles en la confesion de su fe, mandó encender una gran hoguera de sarmientos, y arrojarlos en ella; pero salieron de este suplicio tan sin lesion y tan indemnes como de todos los demás. Furioso entonces el gobernador, dió orden para que amarrando á cada uno á un grueso tronco, cuatro compañías de soldados disparasen contra los dos Santos todas sus saetas; pero la mano poderosa del Señor, que queria confundir la obstinacion del tirano y de todos los gentiles, los hizo invulnerables; y disponiendo que toda aquella espesa nube de dardos retrocediese con violencia hácia los concurrentes, costó á muchos la vida. Causó

este suceso tanto alboroto en toda la ciudad, que el gobernador se vió obligado á mandar que inmediatamente los cortasen la cabeza. Pusieron en oracion S. Cosme y S. Damian, y suplicaron humildemente al Señor que se dignase admitir su sacrificio, y no permitiese con otro nuevo milagro que se estorbare la ejecucion de la sentencia. Fué oída su oracion, y al primer golpe cayeron en tierra sus cabezas. Fueron coronados del martirio el día 27 de setiembre del año 285; y se cree que los otros tres hermanos lograron la misma dichosa suerte.

La mayor parte de sus santas reliquias fueron con el tiempo llevadas á Roma, y depositadas en una hermosa iglesia que S. Félix papa, bisabuelo de S. Gregorio el Magno, mandó edificar en honor de los santos mártires. Un caballero francés, llamado Beaumont, que en tiempo de las Cruzadas fué al socorro de la Tierra Santa, trajo el resto de las reliquias de S. Cosme y S. Damian, y las colocó en una magnífica iglesia que en honra suya mandó fabricar en Luzarche; y de estas se sacaron las que se conservan en París y en otras partes.

SAN ADULFO Y SAN JUAN, MÁRTIRES.

AUNQUE la injuria del tiempo robó á la posteridad las actas que el esclarecido abad Espera-en-Dios escribió con estilo elegante de S. Adolfo y de S. Juan, protomártires de la sangrienta persecucion que Abderramán rey de Córdoba movió contra los cristianos en los principios de su imperio, con todo, por lo que nos dice S. Eulogio en el Memorial de los mártires de Córdoba remitiéndose al testimonio de su maestro, á quien llama el ilustrísimo doctor y gran lumbrera de la Iglesia de España, sabemos, que triunfaron ambos héroes de los enemigos de Jesucristo, sirviendo su ejemplo para alentar á muchos cristianos débiles, á que diesen iguales pruebas de su fe. Nacieron ambos en Sevilla ó en su diócesi de padres nobilísimos aunque desiguales en religion, cuya conjuncion no era estraña en aquellos siglos calamitosos, en los que vivian los fieles mezclados con los mahometanos, como hoy sucede en los países en que se profesan sectas diferentes. El padre de nuestros Santos era moro, y su madre Artemia era cristiana. Quiso ésta encargarse por sí de la educacion de Adolfo, de Juan y de Sta. Aurea (cuya vida y martirio dejamos ya escrita en las del día 19 de julio), que fueron los tres fratos de bendicion que les concedió el cielo, para que ennobleciesen la Iglesia; y mamando éstos con la leche las piadosas máximas de nuestra santa religion, no fueron ca-

paces para separarlos de ella la fuerza, los ruegos, ni las persuasiones de sus deudos, las amenazas de los jueces, ni aun la misma muerte.

Muerto el padre de los bienaventurados mártires, resolvió Artemia retirarse donde pudiera con libertad practicar los ejercicios de la religion que profesaba. Supo que en Córdoba gozaban este indulto los cristianos á espensas de los crecidos tributos que les exigian los moros, y pasando á ella con sus tres hijos, se encerró en el monasterio de Sta. María de Cuteclara, donde fué preláda y maestra de S. Walabonso y de su hermana Sta. María y de muchos confesores que en aquellos tiempos derramaron su sangre en defensa del Evangelio.

No podian tolerar los parientes de Sevilla por parte del padre, que los dos ilustres hermanos profesasen la religion cristiana, creyendo que en esto infamaban la nobleza de sus ascendientes; y para estorbarlo, se valieron de los consanguíneos que tenian en Córdoba, á fin de que les aconsejasen secretamente que siguiesen la ley de su padre, so pena de delatarlos á la justicia en caso de no hacerlo así, para que los castigase por desertores de la religion que habian profesado todos sus mayores. Oyeron Adolfo y Juan la amonestacion de sus deudos con el mayor desprecio, haciéndoles ver que estaban dispuestos á padecer todos los castigos que pudieran discurrir los árabes, antes que separarse de la religion cristiana; y resentidos aquéllos de semejante respuesta, recurrieron al juez mahometano, ponderándole la terquedad de los dos hermanos, los cuales se mantenian inflexibles á sus amonestaciones sobre que siguiesen la ley de sus ascendientes, por lo que pedian que se les castigase con toda severidad. No oyó el juez con indiferencia la acusacion, antes bien zeloso del honor que resultaba á su profeta, mandó á sus ministros que los trajesen ante su tribunal, donde les reconvinó de esta forma: *Varones nobles, que gozais por vuestro padre esta cualidad, ¿con qué derecho seguís la ley de vuestra madre, no queriendo ilustraros con la que profesó aquél, manchando vuestra ilustre prosapia con una torpe religion? Si el esplendor paterno os ennoblece, ¿por qué no condecoráis vuestras acciones con su fe? Decreto es de los árabes, que el hijo que se ilustra con el honor del padre siga su religion; bajo cuyo supuesto resolved, ó abrazar la ley que profesó vuestro padre, ó disponeros para una muerte infame.*

Creia el juez que semejante reconvenccion haria fuerza á los dos ilustres confesores de Jesucristo; pero quedó lleno de confusion, cuando le respondieron con aquel valor y con aquella for-

taleza, que es característica de los héroes del cristianismo: *Ningun hombre se ennoblece con la cualidad que le conduce á su eterna perdicion: ¿por qué razon hemos de seguir la ley de nuestro padre, cuando es un contexto de patrañas y de falsedades? El esplendor de nuestra prosapia debe ceder á la virtud, y la nobleza de nuestros ascendientes á la verdad que enseña la religion de Jesucristo, que es el que ennoblece á sus creyentes, y hace reinar á los que le sirven. Nosotros abrazamos esta ley desde nuestros primeros años, y la veneramos como justa y santa, pues todo cuanto no es conforme á ella, es notoriamente falso, y no procede de Dios; por cuya confesion desde ahora ponemos á tu disposicion nuestros cuerpos, sobre los que solamente tienen poder las potestades del mundo, renunciando todos los blasones de la caduca nobleza que ponderas.*

No es fácil manifestar la cólera que concibió el juez al oír una respuesta tan generosa, y viendo inútiles todos sus esfuerzos para pervertir á los dos jóvenes, tan constantes en la fe como ansiosos á padecer por amor de Jesucristo, los sentenció á pena capital. Ejecutóse la injusta providencia en el día 28 de setiembre por los años 824 ó 25 segun el cómputo mas arreglado al tiempo en que señala su martirio S. Eulogio, que fué en los principios del reinado de Abderramán; si bien Usuardo, Maurolico y Baronio hacen memoria de ellos el día 27 de setiembre.

Sus venerables cuerpos fueron recogidos por los cristianos en una noche tenebrosa, y sepultados en la iglesia de S. Ciprian. De esto hace memoria Mabillon hablando de la traslacion de los santos Jorge y Aurelio desde Córdoba á Paris.

SAN SIMEON METAFRASTE, CONFESOR.

El profeta Jeremías tuvo un escritor, segun refiere S. Jerónimo, que fué Baruch, quien de escritor de profeta vino á ser profeta. Así S. Simeon de Metafraste, de escritor de santos vino á ser santo. Ciertamente no hay palabras bastantes para alabar dignamente á este santo varon, porque no solo fué adornado de elocuencia y de alto y delicado entendimiento, sino de una alma tan adornada de virtudes que dió ejemplo á otros de todas ellas. Nació en Constantinopla y desde pequeñuelo dió muestra de lo grande que habia de ser. Estudió retórica y filosofia; y por ser estas dos facultades y ciencias en que procuraban los sabios de su tiempo señalarse, unos en la una, y otros en la otra, él abrazó las dos, y quiso juntamente señalarse en ellas; y así fué

que en la filosofia se señaló por ser su entendimiento felicísimo, y en la retórica se señaló por ser su lengua dulcísima. Fué muy querido y estimado del emperador, quien se aprovechó de su sabiduría en los negocios graves tocantes al imperio, y de su persona en el gobierno de la república y administracion de justicia.

Habian ya cesado en su tiempo las persecuciones que la Iglesia católica padeció de los tiranos, y estaban los fieles deseosos de saber en particular lo que muchos santos mártires padecieron, sus atroces tormentos y sus muertes cruelísimas. Pretendieron de ellos escribir algunos autores; y los libros que de ellos andaban eran faltos: unos en la verdad; porque los escritores no pudieron hacer las esquisitas diligencias necesarias para decir lo cierto; otros, aunque escribían cosas ciertas, era con palabras tan toscas y mal concertadas, que causaban irrisión y no devocion á los lectores. Procuró remediar este daño nuestro S. Simeon, y remedióle; porque como persona poderosa, y que tenia privanza con el emperador, pudo saber la verdad de lo que escribió, no perdonando para esto diligencia ni trabajo, juntando revelaciones de varones fidedignos, libros y memoriales de autores graves. Añadióse á esto, para remedio del otro daño, que con su retórica y dulce decir, puso lo que escribió en tan buen estilo, que á los lectores con su dulzura deleita; y con estar ciertos que escribe verdad, les mueve, por donde son aprovechados. Ocupado este siervo de Dios en tales ejercicios, siendo su vida sin reprehension, amando las virtudes, entre todas especialmente la castidad, trocó esta vida del suelo por la del cielo; y fué su cuerpo sepultado con grande majestad y pompa: sucediendo, para muestra de la vida que habia vivido, y cuan grata alma habia sido para Dios, que su sepulcro por muchos dias dió olor suavísimo con admiracion de los que de él participaban. Hasta aquí es de Psello. Su tránsito fué tal dia como hoy, y aunque no se sabe precisamente el año, se conjetura con fundamento que aconteció pocos años despues del de 620. De este Santo hace mencion el concilio Ferrariense y Florentino en la sess. 7. Niceforo Calisto, lib. 4. cap. 51.

SAN ELZEAR Ó ELEÁZARO, CONDE DE ARIAN, Y SANTA DELFINA.

SAN Elzear nació en Ansois, castillo de su padre en la diócesis de Apt en el año de 1295. Inmediatamente despues de su nacimiento tomándolo en sus brazos su madre, Landana de Albes,